

Felipe II visto por Fernández Álvarez*

Carlos Gómez-Centurión Jiménez

La celebración de conmemoraciones históricas y centenarios –y este año de 1998 ha sido prolijo en tales acontecimientos– suele servir para refrescar la memoria colectiva, justificar el empleo de fondos públicos y privados en actividades de carácter cultural y, con frecuencia, tratar de establecer lazos entre el pasado y el presente que revaliden, a ser posible, los *slogan* políticos de más rabiosa actualidad. Rara vez, en tales fechas señaladas se producen grandes avances de la ciencia histórica –suele ser más bien ocasión para balances y síntesis para el gran público–, pero permiten, a cambio, que autores y editoriales obtengan pingües beneficios con un alud de publicaciones que no suelen pasar de ser productos meramente oportunistas. No es este el caso del libro que ahora nos ocupa, *Felipe II y su tiempo*, de un maestro de la veteranía de don Manuel Fernández Álvarez, profesor emérito de la universidad de Salamanca, miembro de las academias de la historia española y portuguesa y ganador de varios premios gracias a sus numerosísimas publicaciones sobre la España de los Austrias, tema por el que es conocido internacionalmente y a cuyo estudio ha consagrado toda una vida.

Nada es improvisado en este último trabajo de Fernández Álvarez dedicado a la vida y al reinado de un monarca tan controvertido como Felipe II. A lo largo de sus casi mil páginas se dejan traslucir cerca de cincuenta años dedicados a investigar la España del Quinientos, y su lectura no cesa de refrescar en nuestra memoria algunos de los trabajos más clásicos de su autor: desde los pioneros *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra* (Madrid, 1951) o *Política mundial de Carlos V y Felipe II* (Madrid, 1966), hasta algunas de sus obras de plena madurez –*La sociedad española en el Siglo de Oro* (Madrid, 1984)–, pasando por otros múltiples estudios como el dedicado al *Memorial* de Luis de Ortiz (1957), a la Paz de Cateau-Cambresis (1959) y a las relaciones entre Isabel de Inglaterra y Marruecos (1951), o su edición del *Testamento de Felipe II* (1982), por citar sólo algu-

* Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, 984 pp.

nos ejemplos. Y, por supuesto, la que siempre será con seguridad su gran aportación a la historiografía modernista, el *Corpus documental de Carlos V* (Salamanca, 1973-1981, 5 vols.).

La erudición del autor y su buen conocimiento del reinado quedan patentes ya en el capítulo introductorio –uno de los más afortunados del libro– dedicado a ofrecer una visión general de la historiografía filipina: comenzando con las colecciones de fuentes documentales publicadas por el positivismo decimonónico –y que tanto contribuyeron a rescatar la memoria del Rey Prudente de la oscura *leyenda negra* en que había permanecido sumergida–, y terminando con las aportaciones más recientes de jóvenes especialistas como Jaime Contreras, Fernando Bouza, Alfredo Alvar y un largo etcétera. Aunque no pretenda ser exhaustivo y siempre existan omisiones en cualquier repertorio bibliográfico de este tipo, llama la atención, no obstante, que el autor olvide mencionar un trabajo fundamental sobre los inicios del reinado de Felipe II, *The Changing Face of Empire. Charles V, Philip II and Habsburg Authority, 1551-1559*, Cambridge U.P., 1988 (hay edición española: *Un Imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo, 1551-1559*, Barcelona, 1992) de María José Rodríguez Salgado, una de las mejores conocedoras del período, y una investigadora siempre capaz de arrojar una mirada renovadora y refrescante a su inagotable trabajo archivístico –y de quien, sin embargo, sí se cita su magnífico catálogo *Armada, 1598-1988*, Londres, 1988–.

A partir de esta introducción, el libro se articula entre grandes partes dedicadas a «La época», «El fluir de los acontecimientos» y «El hombre y el rey», es decir, a las estructuras administrativas y socioeconómicas de la Monarquía Hispánica y a las actitudes ideológicas imperantes en ella, a los principales acontecimientos políticos y bélicos del reinado y al perfil humano del monarca. En cualquiera de estos aspectos el autor deja entrever las luces y sombras del período: el fabuloso aparato burocrático que permitió gobernar, casi milagrosamente para su época, una monarquía compuesta por la agregación de reinos y territorios dispersos por todo el orbe, pero también la endeblez y los peligros que entrañaba alguna de aquellas agregaciones –como fuera el caso de los Países Bajos–; el enorme potencial económico de sus principales territorios –Castilla, las Indias, etc– gracias al cual los Austrias madrileños pudieron sostener su hegemonía mundial, pero también el agotamiento y el proceso de decadencia provocado por la presión fiscal y los sacrificios exigidos a la población; la salvaguarda del credo religioso, a costa de la uniformización ideológica, la persecución de los disidentes y la marginación de los judeoconversos. Es decir, los aspectos más conocidos de la historia de España durante la segunda mitad del

siglo XVI, pero también los más polémicos y que el autor trata y discute prolijamente a lo largo de las diversas partes del libro, lo que en ocasiones provoca algunas repeticiones y una cierta complejidad estructural de la obra que puede despistar al lector no especializado.

Sin duda es en la tercera parte, dedicada al perfil humano y político del monarca, donde el autor parece explayarse más a gusto y donde la formación humana e historiográfica de su generación se hace más patente. Fernández Álvarez carece tanto de este cierto masoquismo hispánico que tan frecuentemente nos ha llevado a denigrar por sistema las etapas más brillantes de nuestro pasado histórico, como del complejo de culpabilidad que ha inducido en las últimas décadas a los hispanistas anglosajones, de raíces culturales protestantes, a tratar de *desfacer los entuertos* cometidos por la *leyenda negra*, absolviendo al Rey Prudente de todos los errores que tradicionalmente le han sido atribuidos –tal y como se ha podido advertir en su más reciente biógrafo–. Pero, desde luego, sigue sin ser una tarea fácil enfrentarse desapasionadamente desde la posterioridad a un personaje tan polémico y controvertido ya para sus propios contemporáneos como lo fuera Felipe II –y que, además, perdió irremediablemente frente a sus enemigos la batalla de la publicística–. Incluso nuestro autor, tan ecuánime, puede verse influido en más de una ocasión por el óptimo conocimiento que posee y por las simpatías que despierta en él otro personaje histórico con el que a menudo se ha cotejado al Rey Prudente, su padre el Emperador Carlos V.

El propio Fernández Álvarez se siente obligado a aclarar su postura en un párrafo del libro: «Acaso me preguntará el lector cómo estoy afrontando esta etapa de la historia, si en pro o en contra de Felipe II, porque tomar una de esas decisiones es ya adoptar una postura política actual, de derechas o de izquierdas, incluso con sus ribetes de patriota o de antipatriota, como si ese pasado histórico fuera patrimonio de un solo sector de la sociedad. Pues bien, en todo caso quiero señalar que estamos ante una etapa de la historia de Europa y que esa es la que queremos escribir...» (p. 489).

El perfil humano que Fernández Álvarez traza de Felipe II no es en absoluto ajeno a las aportaciones más recientes que se han hecho del personaje –por regla general, benévolas en comparación con las anteriores–, ni a los trabajos más señeros de los últimos años como puedan ser los de Fernando Checa o Fernando Bouza. Es evidente que cuando aborda su infancia y su período de formación, sus relaciones con su madre, su correspondencia con el Emperador o las instrucciones de éste a su hijo, el autor proyecta las felices sombras de sus progenitores sobre el joven príncipe que despierta sus simpatías. Pero conforme avanzan los años y los tiempos se vuelven recios,

los juicios de Fernández Álvarez se van tornando también más severos, describiéndonos la metamorfosis de aquel joven hasta convertirse en un «rey duro e implacable» (p. 651). Fernández Álvarez no duda en poner de manifiesto lo que, según su opinión, fueron los grandes errores políticos del reinado: el *disparate* de Flandes, en cuya crisis «la intransigencia religiosa de Felipe II y su intolerancia rayana en el fanatismo [...] agravó todos los males» (p. 489); el «traspies» de la Armada Invencible; la responsabilidad en la muerte de Escobedo o el error en confiar en un individuo de la catadura moral de Antonio Pérez... (p. 939). Tampoco sale el rey indemne en la falta de compasión manifestada hacia su desgraciado hijo don Carlos (pp. 395-424).

Pero posiblemente uno de los mayores méritos del perfil biográfico que el autor traza de Felipe II es el de no haberse deslumbrado por los aspectos más atractivos de su personalidad, dejándose llevar por el presentismo que entraña la idea, imperante desde la Ilustración, de que un espíritu cultivado, amante de los libros, de las bellas artes y de la naturaleza, dota al individuo de innumerables virtudes y convierte al gobernante provisto de semejante educación y refinamiento en un ser inclinado irremisiblemente a la justicia y a la benevolencia y, por tanto, incapaz de transformarse en un tirano –visión que, por otro lado, no es sino una versión laica del «príncipe virtuoso y cristiano» de la filosofía escolástica–. No me resisto a volver a citar las palabras con las que el autor pone de relieve las contradicciones y las ambigüedades del personaje: «... en todo caso, un aire de sumo rigor acompaña su figura. Y en eso no caben engaños, a pesar de su amor a las artes, a la Naturaleza, a las florestas de Aranjuez, y pese sobre todo a lo que trasciende, como padre sumamente afectivo, de sus cartas a sus hijas. Cuando Felipe II se vestía el manto regio, la severidad con que imponía sus mandatos y el rigor con el que trataba a quienes osaban enfrentársele, era su nota más acusada» (p. 939). Y es que, en definitiva, por su personalidad y por los dramáticos y sangrientos sucesos que le tocó vivir, Felipe II seguirá siendo aún durante mucho tiempo, como su propio autor reconoce al comienzo del libro, «uno de los personajes más controvertidos de la historia, un personaje para el debate siempre abierto» (p. 18). Confiamos en que ninguna interpretación dogmática vuelva a intentar cerrarlo.